



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 39.

JUEVES 24 DE NOVIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 30 rs.

SUMARIO.

EL REINO DE PORTUGAL. (Conclusion), por Federico Perez de Molina.—LA COMPOTA: cuento inverosímil, por Antonio de Trueba.—LA CRUCECITA DE ORO: novela histórica, traduccion, por J. B. G.—EL ORGULLO Y EL AMOR: fábula, por S. Perez Montoto.—APUNTES BIOGRÁFICOS: Rodrigo Diaz de Vivar, por S. M.—EL CAMINANTE: poesía, por Alejandro Harmsen.—LA CRÍTICA, por M. Seco y Shelly.—PÁGINAS DE MI DIARIO, por F. Rovira Aguilar.—RUEGA Á DIOS: poesía, por A. Viudes Giron.—TEMPLO DE SAN PEDRO Y SAN PABLO EN TOLEDO.—SUELTOS VARIOS.—MÁXIMAS.—EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA STAMPA, por Horacio Pascual.—BIBLIOGRAFÍA.

EL REINO DE PORTUGAL.

(CONCLUSION).

Pero una de las novedades que mas sorprenden al viajero á su entrada en Lisboa, es la estension y magnitud del Tajo; la vista de aquel vasto puerto, capaz de contener á todas las escuadras de este mundo; la transparencia de su inmenso cauce, cuyas puras y cristalinas aguas van á mezclarse en la barra con las verdosas ondas del Océano, y que surcadas continuamente por buques de todas las naciones y pequeñas barquillas de mil distintas estructuras, ofrecen á la vista del que lo considera el cuadro mas mágico y variado, la perspectiva mas risueña y encantadora que le es dado á los ojos contemplar.

Entre algunos de sus mas ilustres hijos, cuyo número si bien corto, basta por sí solo á immortalizar á la patria que les dió el ser, figura en primer término el célebre Luis Camoëns, autor de la gran epopeya *Os Lusíadas*, llamado por sus compatriotas el Divino y el Homero de los tiempos modernos; Sebastian José de Carvalho, marqués de Pombal, reedificador de Lisboa, y el primer estadista de Portugal; el papa Juan XX ó XXI, segun que se cuente ó no en el número de los pontífices al anti-papa Juan XVII, y el cual fue conocido en el siglo por *maese Pedro Hispano*; don fray Bartolomé

de los Mártires; el virtuoso arzobispo de Braga Antonio Ferreira, honrado en el foro, favorecido en el Parnaso, y autor de la primera tragedia de las modernas eras; don Francisco Manuel de Melo, poeta distinguido y prosista elegante, erudito, probo y perseguido; el padre Antonio Vieira, gramático y hablista consumado, escritor profano y orador sagrado, como no ha habido otro alguno en Portugal antes ni despues de él; el padre Francisco Manuel del Nacimiento, conocido por *Filinto Elysio*, que hizo en pro del fluido y armonioso idioma portugués, mas de lo que hacer pudiera por conservar su pureza una academia entera, y que murió pobre y proscrito, con infinitos otros mas, no menos distinguidos en virtud, letras y armas, que podríamos citar, pero que omitimos por no hacer demasiado largos estos apuntes.

Siguiendo, pues, el órden que nos hemos propuesto en nuestras descripciones, nos ocuparemos de la parte baja de la poblacion, ó ciudad nueva, edificada sobre las ruinas que dejó el referido terremoto: constituye esta seccion de la gran capital un perfectísimo paralelógramo de calles cortadas en ángulos rectos, terminados al Sur por la Plaza del Comercio y el *Terreiro do Pazo*, y al Norte, por las Plazas de don Pedro, vulgo *Rocio* y *Da Figueira*. Las calles trasversales de Este á Oeste, empezando desde la Plaza del Comercio, son la *Rua Nova de el Rey*, vulgo *Dos Capellistas*, de *San Julian* vulgo *Dos Algibes*, de *Conceizao*, vulgo *Retroseiros*, *Travessa de San Nicolás*, *Travessa da Victoria*, *Travessa da Assunzao*, *Travessa de Santa Justa*, que termina en una plazoleta donde está situado el teatro de don Fernando, y finalmente la *Rua da Bilesqa*, y la *Travessa do Amparo*, que pone en comunicacion el *Rocio* con la *Plaza da Figueira*. Las calles comprendidas de Sur á Norte, empezando por el Oeste, son: la *Rua Aurea*, ó del Oro, *Rua Augusta*, *Rua bella da Rainha*, vulgo *da Prata*, que parten de la Plaza del

Comercio (*Terreiro do Pazo*), terminando las dos primeras en la Plaza de don Pedro y la última en la de la Figueira (mercado público). Además de las citadas, encuéntrase al Oeste, la calle denominada *Rua Nova da Princeza*, vulgo *dos Fanqueiros*, que termina en la plazoleta de los Domingos, y otras cuatro mas, alternadas con aquellas que empezando en la de *Retroseiros*, van á concluir en la línea Norte del paralelógramo. Entre la *rua Augusta* y la del Oro, se encuentra la de *Zapateiros*, terminando en un arco denominado *da Bandeira*, que le da acceso al *Rocio* y cuyo nombre se da vulgarmente á toda la calle: entre ésta, y la del Oro, se halla la denominada del *Crucifixo*, que cierra el paralelógramo por Oeste. Desde este punto la ciudad sube en plano inclinado, por un lado al sitio llamado *el Chiado*, ó barrio alto, centro del comercio y de la animacion; por otro, hácia la Magdalena y la Sé, ó Catedral; por un tercero, á los montes de Santa Ana y *da Cotovia*, descendiendo por el cuarto, hácia el Tajo.

Desembarcado el viajero, como hemos supuesto, en la Plaza del Comercio (*Terreiro do Pazo*) se encuentra en la hermosa plaza, una de las mas grandiosas y notables de cuantas poseen las primeras capitales de Europa, por su suntuosidad, regularidad, estension y magnificencia. Este vasto monumento, que asi puede considerarse, está cercado por tres lados de magníficas y elegantes arcadas sustentando los edificios en que se encuentran instaladas las principales oficinas y dependencias del Estado, como son los Ministerios, Tribunales de Justicia, Tesoro público, Bolsa, Tribunal de Comercio, Aduana y otros de no menor importancia; terminan al Este y Oeste, estos grandes cuerpos de edificio por su parte superior, en magníficos y elegantes torreones, que, jugando con el destinado á soportar el gran reloj colocado sobre la cúpula que cierra el soberbio arco triunfal, que al centro de la plaza, da entrada á la citada *Rua Augusta*, completan el mages-

tuoso y bello cuadro que se presenta á la vista del que lo contempla, especialmente, por la vez primera. Como tambien puede observarse esta plaza es un paralelogramo, cuyos lados mayores miden 589 pies portugueses de estension y los menores 536, formando el cuarto lado, ó sea uno de los mayores, un magnífico y espacioso muelle que avanza en el Tajo, el cual baña dos elegantes columnas de mármol, que limitan su estension en el centro del referido lado.

Pero el ornamento que mas llama la atencion en este grandioso cuadrángulo, es el monumento que se ostenta en su centro: la estatua ecuestre de don José I, erigida por el pueblo de Lisboa, al gran monarca, en cuyo reinado se mandó reedificar la ciudad derruida por el terremoto de 1755 ya mencionado. Sirve á ésta de basamento un magnífico pedestal de mármol de 32 palmos de altura, 27 de largo y 18 de ancho. El caballo y su jinete son de bronce fundido; miden 34 $\frac{1}{2}$ palmos y pesan 80,640 arrateis portugueses, ó sean 750 quintales próximamente. El diseño es escultura del conocido vulgarmente en Portugal por *da nossa Memoria*, y del célebre Joaquin Machado de Castro, habiendo sido fundida la estatua en el Arsenal del ejército, bajo la inspeccion del teniente general Bartolomé da Costa, é inaugurada en 1775; es decir, veinte años despues de ocurrida la gran catástrofe, y viviendo aun el rey á quien fue dedicada.

La plataforma en que tiene su asiento el pedestal, consta de seis gradas de piedra; formando el adorno de aquel, dos grupos alegóricos, uno al Oriente y otro al Poniente, representando el primero un mancebo, ostentando en la una mano, la palma del triunfo, en tanto que con la otra, da direccion á la marcha del caballo, que huella con sus cascos á los enemigos, todo cercado de trofeos de guerra; en el segundo se ve á la Fama empuñando la trompa, cercada tambien de trofeos, con un elefante al pie y un hombre postrado ante ella, alegoría que nadie aun ha podido explicarse racionalmente, á qué alude, ni qué significa. El lado que mira al interior de la ciudad, lo adorna un bajo-relieve, cuya alegoría explica así su autor. Representa, dice, la *Generosidad Regia*, virtud personificada por la figura de una matrona con atavíos é insignias reales, en actitud de bajar del solio, como para acudir á remediar el lamentable conflicto producido por el terremoto; al lado tiene un leon, símbolo de esta misma virtud; cerca se observa otra figura femenina, *La ciudad de Lisboa*, fácilmente conocida por el escudo de sus armas que lleva encima, vacilante y decaída, significando la posttracion de que es víctima por el desastre que sufriera, y próximo á ella, el *Gobierno de la República*, representado por un guerrero antiguo la ampara bajo su poderosa diestra, en tanto que *el Amor de la Virtud*, personificado por un ángel aligero cercado de guirnalda de laurel, enlaza con ellas al guerrero por el brazo izquierdo, llevándole ante el trono para esponer su intento, y solicitar los medios de atender á la reedificacion de la ciudad, á lo que accede benignamente la *regia generosidad*. Al lado vése al *Comercio* abriendo sus cajas y ofreciendo sus capitales para llevar á cabo la grande obra; en segundo término hay otras dos figuras, representando una, la *Arquitectura*, mostrando el plano de la nueva ciudad; la otra la *Providencia humana*, que se distingue por la corona de espigas de trigo que sustenta en su cabeza y las llaves que lleva en su mano izquierda, viniendo ambas á cooperar con su pericia y direccion, á levantar á Lisboa de en medio de las ruinas en que yace sepultada. La otra parte del pedestal que mira al Tajo y que es convexa como la del opuesto que acabamos de describir, tiene esculpidas las armas reales, y debajo de éstas una moldura oval, en la que el gran ministro restaurador de la ciudad, mandó colocar su efígie en bronce, la que fue mandada quitar en abril de 1777, sustituyéndola otra lámina con las armas del Senado y de la Cámara de Lisboa, pero que fue mandada arran-

car á su vez, por el rey don Pedro, y restituir de nuevo á su antiguo lugar el retrato del ilustre marqués de Pombal, cuya disposicion se efectuó el 12 de octubre de 1833.

A una legua al Occidente del *Terreiro do Pazo*, se encuentra la antigua torre de San Vicente, conocida vulgarmente por *Torre de Belem*.

FEDERICO PEREZ DE MOLINA.

LA COMPOTA.

CUENTO INVEROSIMIL.

I.

Este era un rey, pero no sé de dónde, pues la historia debe estar ya tan fastidiada de preguntas y respuestas, que no me he atrevido á preguntárselo. Lo único que sé es que se llamaba Perico, que estaba casado con una tal Mari-Castaña, y que se pasaba la vida pensando cómo se la había de componer para formar un buen ministerio, y diciendo al ver que todos los que formaba le salían malos:—No, pues como á mí se me hinchen las narices....

La reina Mari-Castaña era una gran cocinera; miraba con indiferencia la política. Entonces no estaban aun en íntimas relaciones la política y la cocina, porque á los ciudadanos de aquel tiempo, como eran todos unos barbarotes, no les había ocurrido una cosa muy sencilla: que para fortalecer el corazón basta fortalecer el estómago, su vecino, y que para encender el fuego patrio basta una media chispa.

Hasta aquí mi cuento nada tiene de inverosímil.

El rey Perico estaba muy quemado con la indiferencia política de su mujer, y eran muy comunes entre SS. MM. peloterías del tenor siguiente:

—¿Sabes, mujer, que voy á variar de principios?....

—No hay día que no varies.

—Estás muy equivocada, que no he variado nunca.

—¡Jesus, qué hombre tan embustero! ¡Pues apuradamente tengo yo poco cuidado que nunca salga á la mesa dos días seguidos un mismo principio!....

—Pero, mujer, si se trata de otros principios....

—Pues no puedo ponerte otros, que en la plaza va todo por las nubes, y ya no sabe una de qué echar mano.

—¡Dale bola! Con tu picara afición á la cocina haces unas ensaladas....

—Tunante, ¿qué tienes tú que decir de las ensaladas que yo hago? Ni el rey con ser rey, la come mejor que la que has comido hoy.

—¡Vaya una pata de gallo!

—Qué. ¿estaba malo el gallo en pepitoria?

—Mujer, óyeme y no me quemes la sangre....

—¿Te atreverás á decir que estaba quemada la sangre con cebolla que almorzaste esta mañana?

—No digo tal cosa. Lo que digo es que no hay modo de entenderse contigo, y te dejo antes que se me hinchen las narices.

Y la pelotería terminaba yéndose el rey á su despacho á ocuparse en los asuntos políticos, y la reina á la cocina á ver si espumaba el puchero.

Estos altercados daban muy pícaros ratos al rey Perico. El rey se tentó una mañana las narices, y pareciéndole que estaban un poco hinchadas, se decidió á prohibir formalmente á su mujer la entrada en la cocina; pero un suceso inesperado vino á hacerle mudar de parecer y por consiguiente á probar que no había tal hinchazón.

Como el rey salía pocas veces de palacio, y la reina salía todas las mañanitas á la compra, resultaba que quien recibía los memoriales dirigidos á SS. MM. era la reina. Una mañana estaba ésta en la pescadería, disputando sobre si la merluza había de ser á tres ó á tres menos

cuartillo, cuando se le acercó un pobre cesante, que le dió respetuosamente un memorial y echó á correr.

El memorial estaba concebido en estos términos:

«Señor: El esponente es un súbdito leal de V. M. y por mas señas cesante; pues los pérfidos consejeros de V. M. le limpiaron el comedero para colocar á un burro, pariente de uno de ellos. Así, pues, no puede menos de poner en conocimiento de V. M. que sus desleales ministros están amasando un gran pastel, y no dice mas, porque á buen entendedor, etc.»

—¡Qué osadía, qué audacia, qué iniquidad! exclamó la reina Mari-Castaña, bramando de cólera al leer este memorial. ¡Haber en palacio quien se atreva á hacer pasteles olvidando que esa es una especialidad mía! ¡Haber en palacio quien quiera echarnos la pata, precisamente en lo que mas noble gloria me proporciona! ¡Lo sabrá el rey inmediatamente, y si S. M. es tan calzonazos que no ahorca á esos traidores mas pronto que la vista, nos veremos las caras!

Y la reina echó á correr á palacio cada vez mas furiosa.

—¡Perico! gritó á su marido, lee, lee ese memorial, y ve en lo que se entretienen tus pérfidos consejeros. Ahórcalos inmediatamente, no tengas misericordia con ellos, ó si no el mejor día, en lugar de echarte sal en el puchero, te echo soliman de lo fino.

El rey Perico sospechó que el pastel de que hablaba el memorial era mas indigesto de lo que la reina se figuraba, y empezó á hacer averiguaciones con la prudencia y sagacidad que requieren los negocios del Estado. De estas averiguaciones resultó que el pastel que amasaban sus ministros, tenía por objeto nada menos que destronarle.

Presos los desleales consejeros, fueron sentenciados á muerte.

No hallando misericordia en el rey, á quien por primera vez de su vida se le habían hinchado un poco las narices, acudieron á la reina. Al saber la reina que el pastel de que eran culpables los ministros, no era de los que ella hacía con tanta perfección, intercedió tan eficazmente con su augusto esposo, que á éste se le deshincharon las narices.

—Ea, dijo el rey á su mujer, ya que te empeñas, les perdono la vida, y me contento con que salgan desterrados del reino. ¡Hay que confesar que para hacer pasteles te pintas sola!

Al oír la reina este elogio, se puso tan ancha, tan ancha, que desde aquel día data la pícaría invención del miriñaque. —¡Vean ustedes, pensó para si el rey Perico, por dónde demonios la afición de mi mujer á la cocina me ha librado de una catástrofe! Si mi mujer no hubiera tenido la manía que tiene, hubiera envuelto la merluza con ese memorial, y yo no hubiera podido averiguar la que me estaban armando esos tunos. Hay que convenir en que Dios no hace las cosas á humo de pajas.

Dejemos á mi augusta esposa que siga con la manía que Dios la ha dado. Pero ¿cómo demonios me las compendria para librarme de tanto y tanto pícaro como me rodea?

Sucede que los malos corrompen á los buenos, y la corrupcion se va haciendo tan general, que á la vuelta de pocos años, si esto sigue así, no voy á tener un servidor honrado. La culpa me tengo yo por ser tan bragazas; pero, canario, como un día se me hinchen de veras las narices....

Con este monólogo del rey concluye la primera parte de mi cuento, y en toda ella no hay cosa que no sea perfectamente verosímil.

II.

El disgusto del rey Perico con la corrupcion que se iba apoderando de sus servidores iba en aumento, y en aumento iba tambien la afición de la reina Mari-Castaña al arte culinario.

Ocasiones había en que el rey daba al demonio esta afición, pero muy pronto se conformaba con ella y hasta la aplaudía recordando lo del pastel, y pensando que si Dios había dado

á la reina aquella afición, ya sabía Dios lo que se hacía.

Un día se recibió en la corte noticia de que el rey de Jauja, aliado y pariente del rey Perico, se disponía á visitar á este último.

La alegría de la reina Mari-Castaña no tuvo límites con esta noticia, porque se le iba á presentar á la augusta señora ocasión de lucir sus dotes de cocinera.

—Como quien no dice nada, ¡vamos á tener á comer al rey de Jauja, donde se come y se bebe y no se trabaja! exclamaba Mari-Castaña saltando de gozo como una chiquilla. Un juez tan competente como ese, era el que yo necesitaba para que se apreciase debidamente mis trabajos, cuyo mérito no comprenden paladares vulgares como el de mi augusto esposo. Necesito averiguar qué platos son los favoritos de S. M. jaujera, y lo averiguaré, aunque me cueste el oro y el moro.

En efecto, la reina Mari-Castaña envió á Jauja con aquel importante objeto á un tal Cachano, sugeto de toda su confianza; pero pasaban días y días, y aunque la reina llamaba á Cachano con dos tejas, Cachano no volvía. Envío otro sugeto con la misma comisión, y tampoco volvió. Envío el tercero y también se quedó por allá.

Entonces no tuvo mas remedio que contar al rey lo que le pasaba, á ver si el rey adivinaba en qué consistía aquello.

—¿En qué ha de consistir! le contestó el rey, en que en Jauja se come y se bebe y no se trabaja.

—Pero esos canallas debieron haber recordado que yo soy reina de su patria.

—Pero han recordado que la barriga es reina del mundo.

—Así se les vuelva veneno...

—No te dé cuidado, mujer, que yo daré instrucciones reservadas á mi ministro plenipotenciario en Jauja, para que averigüe y me diga qué manjares prefiere nuestro augusto aliado.

El rey Perico cumplió su promesa, y pocos días despues recibió una comunicación de su representante en Jauja, anunciándole que el manjar favorito de S. M. jaujera era la compota de manzana.

El lector habrá observado que todavía no ha aparecido la inverosimilitud de este cuento.

Las manzanas eran fruta rarísima en los Estados del rey Perico. Sin embargo, se logró reunir una cesta de ellas, y la reina las guardó siete estados bajo tierra, temerosa de que las metiesen mano los chicos, que eran el enemigo malo.

Al fin llegó el rey de Jauja, y hubo en su obsequio repique de campanas, novillo de cuerda, iluminación y besamanos.

Y á propósito de besamanos, debo advertir que sucedía una cosa muy singular en la corte del rey Perico y la reina Mari-Castaña. Todos los vasallos de estos augustos monarcas se daban de pescosones por besar la mano á la reina, y se relamían los labios despues de haberla besado. ¡Lo que es tener con frecuencia lamano en el guisado!

Era la víspera del gran banquete en que el rey Perico y la reina Mari-Castaña iban á obsequiar á S. M. jaujera.

El rey Perico estaba en su despacho pensando en dos cosas: primera, cómo se las había de componer para formar un buen ministerio; y segunda, cómo se las había de amañar para celebrar con el rey de Jauja un tratado de estradicción de criminales, en que, para evitar lástimas en sus Estados, se estipulase que los criminales se estrajesen ahorcados y todo.

En estas serias cavilaciones estaba, cuando cáte usted que viene la reina, llorando como un becerro y arrancándose los pelos á puñados.

—¡Ay Perico de mi alma, que somos perdidos!

—Pues ¿qué es lo que pasa, mujer?

—Una gran desgracia.

—Espícale, con doscientos mil demonios, que no me llega la camisa al cuerpo.

—Que he encontrado podridas todas las manzanas.

—¡Vaya una embajada! Pues échalas á los cerdos.

—¡No estás mal cerdo tú!

—¡Mujer no me hurgues, que se me hinchan las narices!....

Y así diciendo, el rey dió con la puerta en las suyas á la reina, que se retiró llorando sin consuelo, porque ya no podía hacer la compota de manzanas en que fundaba sus mas legítimas esperanzas de gloria.

Continúa incógnita la inverosimilitud del cuento, pero, adelante, que ya aparecerá.

Preocupado el rey Perico con los graves negocios de Estado, no volvió á pensar en el conflicto en que se veía su mujer, y el día siguiente á la hora de comer, se sorprendió no poco al ver á la reina completamente tranquila, ó por mejor decir, alegre y satisfecha.

La gran comida empezó.

Al rey de Jauja se le alegraron los ojillos al ver el primer plato.

—V. M. le dijo el rey Perico, encontrará poco apetitosos los manjares de esta tierra, acostumbrado á los de Jauja, que en punto á manducatoria, es el país que lleva la gala.

—¡Cá! está V. M. errado. En Jauja sabe á demonios cuanto uno come.

—Pues hombre, si dicen que en Jauja se come, se bebe y no se trabaja.

—Justo y cabal.

—Pues entonces no comprendo...

—¡Jesús, qué torpe es V. M.! Como en Jauja no se trabaja, hay que comerlo todo crudo.

—¡Toma! y que tiene V. M. mucha razón. Pues no había yo caído en eso.

Hace mucho tiempo que ando dándole vueltas á un proyecto para la supresión del trabajo en mis Estados, pero le voy á dar carpetazo, porque si suprimo el trabajo, estará todo patas arriba.

—Como sucede en Jauja.

—Hombre, ¿por qué no trabaja V. M. para restablecerle allí?

—¿Que por qué no trabajo? Porque allí no se trabaja.

—Y á propósito de proyectos y trabajos de Estado, quisiera que entre V. M. y yo celebrásemos un tratado de estradicción de criminales.

—No tengo inconveniente. Vaya vuestra magestad apuntando sus condiciones.

—La primera que pongo, es que mis súbditos se han de estraer ahorcados y todo.

—Eso no puede ser, amigo.

—¿Y por qué?

—Porque en Jauja no se trabaja.

—¡Pues es una gaita eso!

En esta y otras conversaciones, que nada tienen tampoco de inverosímiles, el rey de Jauja comía como un sabañón, y la reina reventaba de orgullo y rabiaba por decir que ella era la autora de los guisos que tan á su gusto encontraba S. M. jaujera; pero se contenía aguardando la verdadera oportunidad de abandonar el incógnito.

Esta oportunidad llegó al llegar á la mesa una magnífica compota de manzanas, que hizo dar al rey Perico un grito de sorpresa y al rey de Jauja un grito de gula.

En un abrir y cerrar de ojos se embutió su magestad jaujera un platazo de compota y se dispuso á embutir otro.

—Parece, le dijo la reina, que la compota no le disgusta á V. M.

—¡Qué me ha de disgustar, señora, si se come uno los dedos tras ella! En mi vida he comido cosa mas rica. Es cosa de gritar que salga el autor.

—El autor, dijo la reina, desfalleciendo de emoción y alegría, es esta humilde servidora de V. M.

—¡Bravo, bravo! gritó el rey de Jauja con la boca llena. ¿Cómo demonio se las ha compuesto V. M. para hacer cosa tan rica?

—Le daré á V. M. la receta para que su augusta esposa....

—No se moleste V. M., porque en Jauja no se trabaja, interrumpió el huésped á la reina

serviéndose el tercer plato de compota, y desabotonándose el chaleco para desahogar un poco la barriga.

La comida terminó alegremente, y mientras el rey de Jauja se retiraba á su cuarto á reposarla, la reina Mari-Castaña se retiraba al suyo con mas orgullo que una reina.

El rey de Jauja partió á la mañana siguiente despues de besar la mano á la reina, relamiéndose los labios como cada hijo de vecino, y despues de honrar nuevamente á aquella augusta señora pidiéndole para el camino los restos de la compota de manzanas.

—Pero oye, dijo el rey Perico á su mujer, ¿cómo te la compusiste para hacer la compota, que estaba diciendo comedme?

—Mira, ya sabes tú que por muy podrida que esté una cesta de manzanas, siempre hay muchas que tienen un pedacito sano que es riquísimo, como no puede menos de serlo habiéndose conservado sano entre la general corrupción.

Pues separé todos los pedacitos sanos con muchísimo cuidado, y con ellos hice la sabrosísima compota que tan estrepitoso triunfo me ha valido.

—¿Y qué hiciste con lo podrido?

—Lo envié inmediatamente al muladar.

—Pues vengan esos cinco, y adios, que voy á ver si me doy tan buena maña como tú á hacer compota.

Al día siguiente amaneció el rey Perico con las narices hinchadas como un tomate, cosa que nada tiene de verosímil, y metiéndose entre sus vasallos separó los pocos sanos de los muchos podridos, hizo con los sanos una riquísima compota de ministros, capitanes generales, gobernadores, magistrados, etc., y envió los podridos al muladar ó séase presidio, cosa que es completamente inverosímil, y al fin justifica la calificación que hemos hecho de este cuento.

Suplico á los señores periodistas, á pesar de su inverosimilitud, le reproduzcan siempre que haya crisis ministerial; y sobre todo, suplico á los señores reyes que cuando hagan compotas, tengan mucho cuidadito de no echar á la compotera lo podrido, y al muladar lo sano.

ANTONIO DE TRUEBA.

LA CRUCECITA DE ORO.

NOVELA HISTÓRICA.

(TRADUCCION.)

I.

Una fresca y deliciosa mañana del mes de junio de 1720, un elegante carruaje, tirado por dos briosos caballos negros como el ébano, se detuvo á la entrada de uno de los paseos que rodean á Weissembourg, pequeña poblacion de la baja Alsacia.

Dos personas bajaron del carruaje y comenzaron á recorrer el alegre paisaje que, dorado entonces por los primeros rayos del sol, se presentaba á su vista en gracioso panorama.

El grupo á que nos referimos, estaba formado por una jóven de doce á trece años, á la que acompañaba un hombre de espresiva fisonomía y traje sencillo y severo.

A primera vista, nada ofrecía de notable aquel hombre; pero cuando se le examinaba con atencion, la dulzura de su mirada, la distincion de sus ademanes y la nobleza de su persona, escitaban interés y simpatía.

Aunque jóven todavía, aquel hombre había sufrido una larga serie de infortunios. Europa entera conocía y admiraba la historia de sus virtudes y sus desgracias.

Su nombre era Estanislao.

Víctima de odiosas intrigas, Estanislao, rey de Polonia, desposeído de sus Estados, se vió obligado á refugiarse en Francia, donde Luis XV, le había ofrecido una generosa hospitalidad.

Privado del cariño de su esposa, que murió

algunos años despues de su desgracia, el infortunado príncipe habia concentrado todos sus afectos en su hija María Leckzinska, compaciéndose en dirigir él mismo su educacion, ó en verla correr sobre la verde alfombra de las praderas, formando lindos ramilletes de campestres flores, ó persiguiendo á las inconstantes mariposas en sus revueltos giros.

El día en que da principio nuestra historia, Estanislao y su hija caminaban tristes y silenciosos, aspirando la fresca brisa de la mañana, cuando vieron dirigirse hácia ellos una jóven de la misma edad de María, cuyo traje, aunque revelaba una estrechada pobreza, no dejaba de prestar á su esbelto talle cierta gracia y gentileza poco comun en las de su clase. Al llegar junto á ellos hizo una graciosa reverencia y sacando del bolsillo de su delantal una crucecita de oro, la presentó á María.

—Tomad, señorita, la dijo advirtiéndola sorpresa de la hija de Estanislao; he tenido la fortuna de encontrármela y calculando que debe perteneceros, me he apresurado á devolvéroslo.

En efecto, aquella crucecita era de María, y tenia para ella un gran precio; pero vivamente conmovida con la delicada atencion de la jóven, contestó:

—Agradezco el obsequio que acabas de dispensarme, pobre niña; pero yo te ruego que conserves esa prenda como un recuerdo mio y de la buena accion que tu corazon te ha inspirado. No olvides que, durante mi residencia en Polonia, esa cruz me fue entregada por un justo y santo varón, á quien ofreci conservarla religiosamente, hasta el día que pudiese depositarla en manos de una jóven digna de las bendiciones del cielo. Guárdala siempre, y ella te traerá la felicidad.

Como la pobre labradora rehusase tomarla, María la colocó, con sus propias manos, sobre su pecho, en tanto que su padre, conmovido, contemplaba aquella escena con amorosa sonrisa.

—¿Cómo te llamas? preguntó María á la labradora, despues de haber triunfado de su resistencia á aceptar el don que la ofrecia.

—Margarita, contestó aquella.

—¿Y vives muy lejos de aquí?

—En el fondo de aquel valle, señorita.

—¿Tienes padres?

—Mi padre ha muerto; contestó Margarita lanzando un hondo suspiro; solo vive mi madre.

—Condúcenos, pues, á tu casa.

—¡Ay! señorita; somos muy pobres y nuestra miserable choza no es digna de que vos la visiteis.



LA CRUCECITA DE ORO.—Tomad, hijos míos.....

—Sin embargo, amiga mia, condúcenos á ella, insistió María con tan dulce acento que hacia imposible toda resistencia.

Animada con estas palabras, la labradora condujo á Estanislao y á su hija por una estrecha vereda, que iba á perderse en la puerta de la casa que se habian propuesto visitar.

Una sola ojeada fue bastante para que pudieran convencerse de la veracidad de las palabras de Margarita. La casa en su interior, ofrecia el mas miserable aspecto. Acostada sobre un miserable jergon, yacia la madre de la jóven, devorada por una de esas fiebres lentas y continuas, producidas por las privaciones y los disgustos.

En presencia de aquella dolorosa situacion, Estanislao y María sintieron humedecerse sus ojos de lágrimas; despues, como escitados por un mismo pensamiento, los dos presentaron sus bolsillos á la pobre enferma, la cual profundamente conmovida, se incorporó sobre el lecho, y fijando en la jóven princesa una mirada que revelaba su gratitud, la dijo con voz inspirada.

—Con un corazon tan noble como el vuestro,

se puede aspirar á ocupar el trono mas codiciado de la tierra... Un secreto presentimiento me dice, señorita, que el cielo os tiene reservados altos destinos.

Despues de haber pasado dos horas en aquella humilde casa, Estanislao y María se despidieron de Margarita y de su madre, y se dirigieron hácia el carruaje, colmados de las bendiciones de aquellas desgraciadas.

II.

Cinco años despues, María y su padre habitaban en Strasbourg.

Ilustres viajeros y hasta soberanos de otras naciones, atraídos por una curiosidad simpática iban á visitarlos en su oscuro retiro, y á rendir sus homenajes al príncipe que reunia el doble prestigio de la virtud y de la desgracia.

María en aquella época, habia llegado al mas alto grado de perfeccion. Su hermosura, sus gracias, sus virtudes, en fin, se celebraban en la corte de Francia en tales términos, que hasta el mismo monarca Luis XV, deseando convencerse de la exactitud de los rumores que

circulaban, sobre la extraordinaria belleza de la hija de Estanislao, comisionó á uno de los mas célebres pintores de su época, para que hiciese el retrato de la jóven princesa.

Su deseo quedó inmediatamente satisfecho. El retrato de María le fue presentado.

El rey al verle espresó su entusiasmo en los términos mas apasionados, y desde aquel momento comenzó á sentir dentro de su pecho, el fuego de una pasión, que no tardó en convertirse en llama abrasadora, cuando todos sus cortesanos le ponderaron, á par que su belleza, las virtudes de María.

Desde entonces concibió el proyecto de hacerla su esposa.

El duque de Antin y el mariscal de Rohan, comisionados por el rey, se trasladaron á Strasbourg, y presentándose á Estanislao, solicitaron en nombre de Luis XV, rey de Francia, la mano de su hija.

III.

El matrimonio de María con Luis XV, se celebró el 14 de agosto de 1725, con general regocijo de todos los habitantes de París. Fran-



Rodrigo Diaz de Vivar.

cia entera aplaudió la acertada eleccion de su monarca.

De este modo se vió realizado el acontecimiento que habia profetizado á María la madre de Margarita.

La reina se acordó de aquella prediccion, y

un dia, acompañada de algunos de sus cortesanos salió de París y se dirigió hácia la casa habitada por la viuda.

Al acercarse á ella, María esperimentó una sensacion agradable, mezclada de inquietud, pues no tardó en descubrir, en el mismo sitio

donde antes se elevaba la pobre vivienda de Margarita, una linda casita, cuyo aspecto exterior revelaba un favorable cambio en la fortuna de sus protegidas.

Grande fue la sorpresa de estas cuando uno de los gentiles hombres de María les anunció que la reina de Francia estaba allí y deseaba verlas.

Trémulas, sofocadas por la emocion, corrieron á su encuentro y cayeron de rodillas á sus pies.

María las obligó á levantarse con afectuosa bondad.

—¡Qué felicidad, qué gloria para nosotras, Dios mio! exclamó Margarita, cuyo pecho se conmovia de júbilo en aquel momento: ¡V. M. no se ha olvidado de la pobre mendiga! ¡Ah, que el cielo os bendiga, señora!

Y mostrando á la reina la cruz de oro que brillaba sobre su pecho, prosiguió.

—Ya lo veis, señora, no se ha separado nunca de mí... ¡Ah! razon tenia V. M. cuando me dijo: «guárdala siempre y ella te traerá la felicidad.» Gracias á este maravilloso talisman, nuestra suerte ha cambiado, mi señora; á nuestra pasada miseria ha sucedido el bienestar; la alegría se anida en nuestro hogar y soy la esposa de un honrado labrador á quien amo con todo mi corazon. Para colmar mi felicidad, el cielo me ha concedido dos hijos y ha devuelto la salud á mi pobre madre, cuando ya se encontraba en los umbrales de la muerte. Ya lo veis, señora, la crucecita de oro ha hecho prodigios.

IV.

El 11 de marzo de 1769 fue un dia de duelo para Francia. La reina María Leckzinska habia dejado de existir.

Esta noticia, circulada con la rapidez del rayo, sumió en la mayor consternacion á todos los habitantes de París.

Francia lloró la muerte de su reina, y todas las clases acudieron presurosas á dar el último adios á sus inanimados restos.

Mientras este triste acontecimiento tenia lugar en París, he aquí lo que pasaba en Weissembourg.

Desde el momento que Margarita tuvo noticia de la enfermedad de la reina, se sintió herida en el corazon por una fiebre lenta y ar-



PANORAMA UNIVERSAL.—Stockolmo (Suecia.)

diente que bien pronto la condujo al borde del sepulcro.

Vanos fueron cuantos esfuerzos se hicieron para salvarla, pues, por una singular y extraña coincidencia, murió el mismo día en que María entregaba su espíritu al Creador; como si aquellos dos generosos corazones hubiesen querido elevarse unidos hacia el cielo.

Cuando Margarita conoció que su último y supremo momento se acercaba, llamó á sus hijos, y entregándoles la cruz de oro que pendía de su cuello, les dijo:

—Tomad, hijos míos, y no olvideis jamás que esta última prenda que os confío es la reliquia de una santa, á quien debemos la paz y la felicidad. Guardadla siempre, como un tesoro inapreciable; y que no se separe de vosotros..., jamás.

Y despues de pronunciar estas palabras, espiró, murmurando el nombre de su augusta bienhechora.

J. B. C.

EL ORGULLO Y EL AMOR.

FABLA.

Á MI QUERIDO AMIGO

Don Antonio Blazquez de Castro. (1)

Si yo non fuera villano
é si yo ciñera espada,
non me fizieras desdeños;
altiva non me fablaras.

I.

—Díme, villano garrido
de la melena rizada
que así del sol fatigado
sobre la tierra trabajas,
¿dó está por aquí una fuente
que dicen agua derrama
fresca cual blando rocío
é cual los cristales clara?
—Non muy lejos, mi señora;
héla allá, bajo las ramas
de aquel gigantesco roble
que da su sombra á las zarzas;
mas se conoce, señora
que vienes harto cansada
é que del sol los ardores
tu boca bien non resguarda.
Dame la mano, señora
é del potro descabalgá
cá te convida aquel roble
á sentar bajo sus ramas
que cubren la fresca yerba
é baña su tronco el agua.
—Aparta, aparta, el villano
é calla tu lengua osada,
cá non nasciera el pechero
para alternar con las damas;
aparta tu mano ruda
callosa ya con la azada,
é non atrevido é loco
oses tocar la mi falda:
yo bajaré del caballo
sin la tu ayuda menguada,
cá nunca al pobre gilguero
socorro pidió la garza.
—Si yo non fuera villano
é si yo ciñera espada,
non me fizieras desdeños;
altiva non me fablaras.

II.

—Lleva, villano, el caballo
é su ardiente sed aplaca,
cá sin descanso ha corrido
desque apuntó la alborada;
é mientras que yo reposo
del roble bajo las ramas,
dime, el villano, quien eres,
é dime quien te criara,

(1) En contestación á la que con el título de «La inocencia por blason» me dedicó á principios de este año en el «Eco granadino.»

cá dama magüer yo sea
de noble y antegua casa,
non se empañan mis blasones
por tener contigo fabla.

—Yo, mi señora, he nascido
en aquella homilde casa
que entre las verdes olivas
su pobre techo levanta.

—Mi padre Pero de Andrade
dióme educacion cristiana
é murió siendo yo niño.

¿Qué mas, dime, noble dama,
podré decir de mi vida?

Desque pude con la azada,
ya cubra la nieve el campo,
ya el sol agoste las ramas
de los álamos, trabajo
con valor é con constancia
cá nunca le falte el pan
á mi pobre madre anciana.

—Triste es tu historia, villano
é de aventuras escasa,
cá solo por distraerme
te pedí me la cantaras;
¿é nunca hobistes amores?

—Nunca rozó amor sus alas
con mi frente, mi señora,
sino... esta misma mañana....
¡ay! si el hado non fiziera
mi suerte tan desgraciada
yo pidiera sus amores
á la que adoro con ansia,
é la diera mi albedrío,
mi vida entera, mi ánima
é todo menos mi madre,
por ella sacrificara,
mas... ¡como nascí villano
é non ciño noble espada,
non mi fabla la dirijo
cá altiva la desdeñara!

III.

—¿Qué tienes tú, la mi fija,
que estás triste y apenada?
Tú, mi bien, que antes corrias
cual mariposa gallarda
entre las silvestres flores
que las praderas esmaltan.
tú, mi amor, que siempre has hecho
la alegría de mis canas.

cuando alegre y ancinoso
sobre tu hacanea blanca
te vía correr veloce
cual vaporosa fantasma
por el monte é la llanura,
por el valle é por la rambla
sin que pudiera el peligro
anublar tu frente candida
¿por qué estás triste é llorosa?
¿quién fizó tu pena amarga?
¿quién el carmin á tu faz
hurtó tornándola pálida?

Yo creo, mi amada fija,
que es el mancebo á quien amas
¿Dime, fija, quién fue el noble
que en tí puso la mirada
é sentir amor te fizó
á tu candorosa ánima

—¡Ah padre! ¡Vos lo dijísteis,
amor causa mi desgracia!

—Cuéntale, fija, tus cuétras
sin temor á quien te ama
é calmaré tus pesares.

—Faze ya muchas vegadas
que corriendo por los campos
sobre mi hacanea blanca,
llena de sudor mi frente
é seca la mi garganta,
me encontré con un villano
que la tierra trabajaba
rubio cual dorada espiga
é cuya tez sonrosada
aun non pudieron quemar
del sol las ardientes llamas;
é á mis ruegos, á una fuente
me llevó, que agua derrama
fresca cual blando rocío
é cual los cristales clara.
¿Ese es el hombre que amo,

ese el que adora mi ánima,
ese el que fizó mis cuitas,
ese el que mi pena amarga!
—¡Un villano! Torna en tí,
¡fija mia, tú me engañas!
—¡Non, padre, nunca he mentido!
El villano, la mi falda
quiso tocar del caballo
para ayudar mi bajada;
reprendíle su osadía
é contestó estas palabras
que conservo en la memoria
é mi corazon abrasan:
«Si yo non fuera villano,
»é si yo ciñera espada,
«non me fizieras desdeños;
»altiva non me fablaras.»

IV.

—¡Dios guarde al vasallo!

—Dios

¡conceda su santa gracia
al noble señor!

—En tanto
que de aquella limba clara
bebe mi caballo, escucha
é contesta á la mi fabla.
¿Eres tú, dime, el villano
de la quedeja rizada
cuya tez, aun non han podido
abrasar del sol las llamas;
eres tú, dime, el que vive
en aquella homilde casa
que entre las verdes olivas
su pobre techo levanta,
el hijo de Pero Andrade
que siempre ansioso trabaja
cá nunca le falte el pan
á su pobre madre anciana,
el que há tiempo dió descanso
bajo aquel roble á una dama?

—Sí, señor, yo soy aquel
que la mi vida cuitada
conté á tu fermo-a fija
face ya muchas vegadas.
—¿E tú quieres á mi fija?

—¿Sí la quiero? ¡Con el alma!

¡Ah, señor! si non pechero
la fortuna me criara
á ella diera mis amores,
pero está, señor, tan alta
tu fija, cá non es dado
al villano ni aún mirarla,
é yo nunca he sido noble.

—La nobleza está en el alma
é non está en los castillos,
ni en las joyas, ni en las galas,
y pues es noble tu pecho,
noble será la tu raza.
Anda é dí á tu pobre madre
que deje su homilde casa
é venga á vivir la mia,
la mi fija solo á tí ama
é pudo el amor en ella
mas que su orgullo de dama;
é pues non eres villano
é puedes ceñir espada,
ya non te fará desdeños
cuando la digas tu fabla.

S. PEREZ MONTOTO.

APUNTES BIOGRAFICOS.

RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

Este héroe español, apellidado el Cid, nació en Búrgos en 1040.

Fue educado en la corte de Fernando II de Castilla, quien le armó caballero en cuanto pudo llevar las armas.

Estuvo casado con la célebre Jimena, hija del conde Gormaz, y de ella tuvo un hijo y dos hijas; aquel murió jóven en las guerras contra los moros, y estas casaron con los condes de Carrion, quienes las maltrataron y abandonaron en un bosque, siendo por ello muertos algo despues en un combate.

Ganó el Cid muchas batallas y plazas impor-

tantes, conquistó á Valencia, y prestó grandes servicios á Sancho II y Alfonso VI.

El Cid ha dado asunto á muchas leyendas, novelas y dramas, entre los cuales hay obras maestras.

Murió en 1099.

Sus cenizas colocadas primero en un monumento de San Pedro de Cardena, han sido trasladadas modernamente á la catedral de Búrgos.

S. M.

EL CAMINANTE.

Ya el sol ha descendido
En el ocaso;
Ya sus postreras tintas
Se van borrando;
Ya los luceros
Van sembrando de plata
El firmamento.

Ya el aire de la noche
Viene mas frio;
Ya los pájaros buscan
Con ansia el nido;
Y allá en la ermita
Suenan el toque lejano
De Ave María.

Tú, de la Virgen Santa
Rústica imágen,
Que velas protegiendo
Al caminante,
Piedra bendita
Coronada de hiedra,
Salve, María.

Lozanas á tu sombra
Las flores crecen;
A ofrecerte sus trinos
Las aves vienen,
Que tu sonrisa
Todo en torno lo ampara,
Virgen María.

Yo tambien al postrarme
Aquí á tus plantas,
Siento latir el pecho
Por la esperanza:
Pues tu no olvidas
Al que invoca tu nombre,
¡Virgen María!

Yo soy un peregrino
Que por el mundo
He emprendido un viaje
Penoso y duro,
¡Ay, Madre mía,
Guíame en esta senda
Que llaman vida!

Dicen que se atraviesan
En el camino
Inundados de lágrimas
Hondos abismos;
Si tú me animas,
Los salvaré sereno,
Virgen María.

Y cuando al fin ya llegue
De mi viaje,
Volviendo atrás la vista
Pronta á cerrarse,
Podré decirte:
«¡Madre, anduve mi ruta
Con paso firme!»

Escucha mi plegaria,
No la rechaces,
Tú, del Amor hermoso
La dulce Madre,
Iris de vida,
Sol que alumbras la gloria,
¡Virgen María!

ALEJANDRO HARMSEN.

LA CRÍTICA.

Muchas veces se me ha ocurrido al entrar en un salon lleno de bellas y de perfumes, de luces y de flores, mirarme á un espejo.

Y á pesar de haberlo pensado muchas veces, nunca lo he hecho.

Esto se comprende muy fácilmente.

Veamos.

Pero antes, permítaseme decir, que voy á hablar dejando aparte la modestia.

Siempre me ha gustado ir á todos lados hecho un pollo *com m' il faut* y este maldito gusto, me hace poner mucho cuidado en las arrugas del pantalon y en el lazo de la corbata.

Esto mismo hace que tambien al entrar en el salon, cuando noto que todas las miradas se fijan en mí, ó mejor dicho en mi traje, me lo imagino sin verlo, todo lleno de desperfectos y aun creo que palidezco al pensarlo.

Yo no sé lo que encuentro en aquellos ojos que me miran con tanta fijeza.

Entonces, es cuando pienso en contemplarme al espejo.

Pero dudo en ponerlo en práctica.

Aquel es un momento de angustia, de malestar indefinible.

Y todo procede de aquellas miradas.

Porque los ojos que las dan vida, animan tambien muchos labios, secos y descoloridos unos, rientes y purpurinos otros, que todos dan pasó á palabras, cuyos acentos son mas ó menos dulces y melodiosos.

Los ojos nos miran, buscando nuestras faltas.

Los labios las traducen, como diria un matemático, al idioma vulgar.

Y ese idioma vulgar se llama crítica.

Ahí está el por qué cuando entro en un salon pienso en mirarme á un espejo.

No me gusta dar lugar á que de mí se murmure, pero hay veces y esas veces son siempre, que tiene uno que servir de pasto á la crítica.

Nadie se libra de su saña.

La murmuración, hija predilecta de la crítica, es implacable.

Todo lo escudriña, todo lo curiosear, de todo habla.

Cuando uno entra en cualquier parte, le mira por todos lados, busca sus mas pequeñas faltas, hasta lee en sus semblantes sus ocultos pensamientos.

Y cuando se queda sola, suelta una andanada de cosas, que á oirlas uno decir de sí mismo, tuviera que taparse los oídos.

¿Cómo es que á pesar de conocer que de nosotros se murmura, tenemos que callar y murmurar á nuestra vez de otros defectos y de otras personas?

¿Es acaso una ley de la sociedad?

Quien sabe.

Si como tal no está aprobada, al menos es admitida hasta con gusto si se quiere.

Y digo que no está aprobada y no me equivoco.

En efecto, se habla en cualquier parte de esa palabra.

Todos dan su voto sobre ella y todos los votos le son desfavorables.

Esto quiere decir, que ninguno critica nunca.

Pero uno de los votantes abandona aquella reunion, y sea hombre ó sea mujer, allí es ella.

Todas las lenguas se ensañan contra ella ó contra él.

Si en su vida pública no hallan defectos, los encuentran en la privada.

Si no, aun les queda el recurso de los guantes y del baston, del abanico y de la mantilla.

Para la crítica nunca vá uno bien.

Cualquiera que sea la posición que ocupe es criticada.

¡Tantos me criticarán al leer esto!

Ahora lo harán con razon, por lo que si siempre fuese lo mismo, tendria pase.

Pero se quita el pellejo por tan poca cosa, que es ya inaguantable esa señora.

Es demasiado injusta para todo, porque todo lo encuentra peor de como está y lo comenta aun mucho peor de como lo encuentra.

Y lo peor sobre todo, es que no acabará nunca de murmurar.

Nacida con el mundo, ó mejor dicho, con la primera mujer, ésta es la que nos la ha enseñado.

En ciudades y en aldeas, donde quiera que la mujer se encuentre, se encuentra tambien la crítica.

Ni aun las costumbres patriarcales la han hecho desaparecer en los pasados siglos.

Parece, por decirlo así, que se ha adherido al bello sexo.

No quiere esto decir que los hombres no poseamos tambien ese don.

Dispénsenme mis bellísimas lectoras, pero hablo en general.

¿Quién se niega á criticar una cosa cuando le inducen á ello los rojos labios de una hija, de Eva puestos en movimiento?

Lo confieso con franqueza; yo seré siempre el primero.

Pero no por eso dejaré de conocer, los inconvenientes de la crítica.

La aborreceré, seré de ideas contrarias, todo lo que ustedes quieran, pero murmuran unos labios bonitos y la consecuencia inmediata es abjurar de mi idea.

Ea esto me pareceré á muchos hombres políticos.

Mientras coma del presupuesto, es decir, mientras goce del placer de escuchar su voz celestial y de recibir todo el fuego de su ardiente mirada, seré partidario de la crítica.

En cuanto el ministerio caiga, cambiaré de bandera.

¡Haré lo que hacen tantos!

Voy á concluir.

Selgas ha dicho y no sin razon, que la lisonja se parecia á un poco de jabon desleído sobre una piedra, con el solo objeto de hacernos resbalar.

La lisonja y la crítica tienen algunos puntos de contacto; se usa la segunda para murmurar de la primera.

Yo, sin querer imitar las magníficas comparaciones del autor de *Hojas sueltas*, hacia una de la crítica.

¿Habeis visto el mar?

Pues su continuo oleaje, en movimiento inherente á su masa, es la crítica de la sociedad.

Las olas son la vida del Océano.

La crítica es el alma de la sociedad.

M. SECO Y SHELLY.

PÁGINAS DE MI DIARIO.

I.

10 de agosto 18...

¿Será el amor una mentira?

Dicen que sí; y sin embargo, yo siento en mi corazon un vehemente deseo, que no se satisface, ni con la belleza del cielo, ni con los goces que la sociedad me proporciona, ni con el placer de la lectura.

Su recuerdo, su imágen, que la veo en sueños, que me la finge la luz de la mañana, que la hallo entre las sombras de la noche, es lo único que llena mi corazon.

Sí: es verdad el amor; pero tambien es cierto que ese amor inmenso que siente mi alma, no puede hallar aquí en la tierra quien lo acepte, porque está basado en el sacrificio, y el mundo es muy egoista para creer á los que sienten de esta suerte.

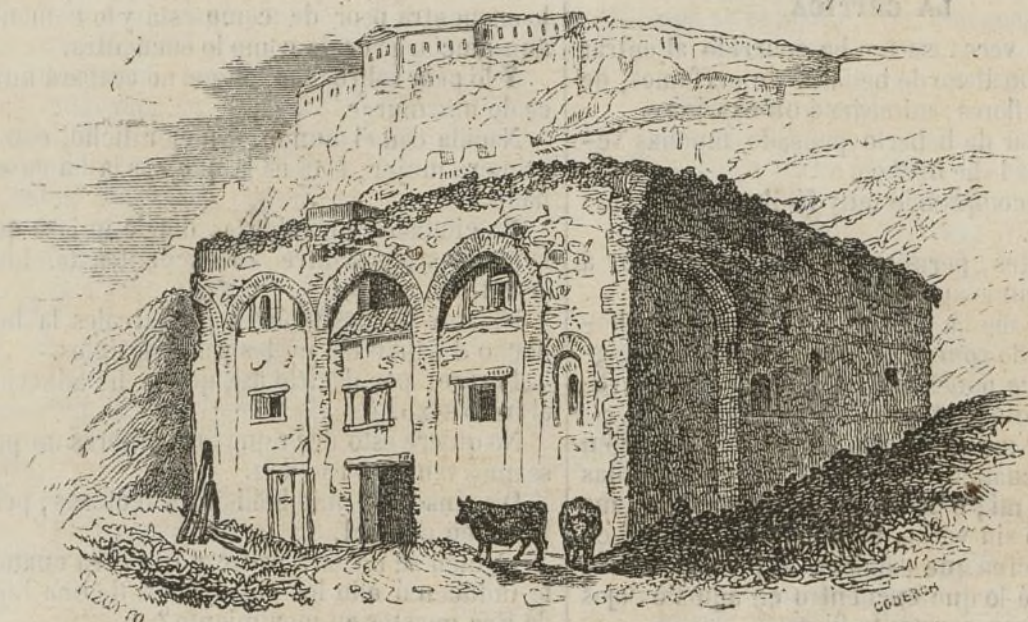
II.

14 de setiembre.

Hoy todo ha sido alegría y fiesta y regocijo.

Yo he visto á las gentes del campo salir con sus trajes de ceremonias para asistir á la procesion del Santo Cristo.

Estaba alegre el cielo; y todo sonreia, todo



Restos del templo de San Pedro y San Pablo en Toledo.

anunciaba dicha, placer y contento en torno mio.

Solo yo estaba triste.

Como una planta á la que arrancan del suelo donde nació para trasportarla á otra zona, que si mas bella, tiene menos recursos para alimentar la vida, así me encontraba yo en medio de la fiesta, con muestras de tranquilidad en mi exterior, pero devorando mi corazón esa inquietud que há tanto tiempo acibara las horas de mi existencia.

¿No podré nunca ser feliz? Temo creerlo, pero paréceme que nunca. Amar sin esperanza, es tan triste como saber que estamos condenados á muerte.

En el primer caso como en el segundo, vamos renegando de la vida poco á poco, mirándola siempre por el lado mas triste.

Resultando casi siempre que si alguna cosa bella encontramos es la muerte.

Alicante.

F. ROVIRA AGUILAR.

RUEGA Á DIOS.

¡Oh Dios mio! á tí que te es dado
Conocer mi sin par sufrimiento,
¡Ay! escucha mi triste lamento
Compadece mi cruel situacion;

Tú, que ves lo que sufre mi alma
Y que puedes hacerla dichosa,
Tú que ves mi desdicha horrorosa,
Tú que ves mi infeliz corazón.

Tú que hicistes el mundo de nada
Y á la nada volverlo te es dado,
Y en un leño te has visto enclavado
Y aun al hombre perdonas allí;

Tú que tanto nos quieres, Dios mio,
Que quisistes morir por salvarnos,
¡Ah! no puedes, no puedes dejarnos
Cuando ansiosos volamos á tí.

Cuando el alma anegada en dolores
Solo mana la boca suspiros
Cuando vamos, gran Dios, á pedirlos
Lo que solo podeis Vos hacer,

Cuando el hombre se ve desgraciado
Y en el mundo no tiene consuelo
Corre á Vos, oh Señor, con anhelo
Porque espera consuelo obtener.

Cuando tiene los ojos velados
Por la hiel que le sube del pecho
Cuando encuentra la fiebre en el lecho
Y despierto le mata el dolor,

¡Ay! entonces se acuerda, Dios grande,
De que Vos aliviais al que pena,
Y levanta la frente serena
Y os implora con santo fervor.

Vos sabeis, oh Señor poderoso,
Si merece consuelo mi llanto,
Ya que veis mi terrible quebranto,
Mi quebranto, Señor, consolad;

Vos que solo sabeis lo que sufro,
Vos que veis de mi lloro la fuente,
Vos que sois por esencia clemente,
De mi lloro la fuente secad.

A. VIUDES GIRON.

TEMPLO DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

EN TOLEDO.

Publicamos hoy un grabado, que representa lo que actualmente queda de una iglesia anterior al siglo VII. El tiempo no ha podido destruir por completo las paredes del edificio, convertido ahora en vivienda de un hortelano.

SUETOS VARIOS.

La coca del Perú, (*Ayvt haroxycon coca*) posee en el mas alto grado cualidades estimulantes. Las hojas mascadas en dosis moderadas (un dracma del Perú), de tres en tres horas, ponen al hombre en situacion de pasar tres dias sin alimentarse, dejándole capaz de un desarrollo extraordinario de fuerzas musculares, garantizándose contra la insalubridad del clima y causándole un intenso sentimiento de bienestar y de alegría.

El principio escitante de la coca es tres veces mayor que el del café y cuatro que el del té.

Hay, pues, motivos para creer que el uso de la coca podria estenderse ventajosamente en el ejército, sobre todo en los casos de marchas forzadas si debian ir seguidas de una lucha cuerpo á cuerpo.

Los marinos y los viajeros lo usan para hacer trabajos y marchas de cuatro dias, sin mas alimentos; y Tschudi cita un indio de sesenta y dos años, que despues de haber empleado cinco años en trabajos forzados muy penosos, sin alimento alguno, hizo en seguida un viaje de 200 millas en dos dias, mantenido únicamente por la coca.

M. de Castelnau cita igualmente hechos extraordinarios que resultan del empleo de la coca; pero es difícil creer que los europeos no habituados á su uso, puedan hacer iguales prodigios. Sin embargo, el doctor Mantegasi, de Milan, declara que, aun cuando de una complexión débil, pudo permanecer cuarenta horas bajo la influencia de la coca, sin tomar otros alimentos y sin sentir ningun malestar durante este experimento.

Hay en esto un hecho curioso de que el ministro de Marina piensa sacar partido. Acaban de pedirse granos de coca al cónsul general de Francia en el Perú, á fin de naturalizar esta plantacion en nuestras colonias.

MÁXIMAS.

El padre que ha educado mal á su hijo, es un autor que ha corregido mal las pruebas de su obra; con la desventaja (para el padre) de que no puede poner fe de erratas, ni enmendar estas en una nueva edicion.

A. Fee.

Un zapatero de viejo es mas útil á la sociedad, que un mal poeta ó un mal cómico.

Newton.

El amor es un sentimiento tan esclusivo, que hasta de la amistad tiene celos.

A. Fee.

Si quieres vivir mucho, guarda un poco de vino rancio y un amigo viejo.

Pitágoras.

En lo que puedas hacer tú solo, nunca te hagas ayudar.

El despotismo inventó los tormentos para arrebatár al hombre hasta la facultad de callar.

La clase de los trabajadores es la última en el vocabulario insensato del orgullo; pero la primera á los ojos de la sana política.

Bentham.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA STAMPA.

(El mismo Dios, no te asombre, murió por su amor al hombre enclavado en una cruz.)

Si en esta vida infernal
Amores tu pecho siente
Y el corazón y la mente
Sienten un mismo ideal,
Deja rienda á tu pasión,
Que el amar nunca es pecado
Y ha sido santificado
En el Gólgota por Dios.

HORACIO PASCUAL.

CANTARES.

POR

DON AUGUSTO JEREZ PERCHET.

Se hallan de venta en Madrid en la casa del autor, calle del Espíritu Santo, número 14; cuarto tercero de la izquierda, al precio de 4 reales en Madrid y 5 en provincias, remitiendo su importe en sellos de correos.—A los suscritores de el *Semanario Popular* se les rebaja un real respectivamente, justificando este derecho.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo 63; y en la Publicidad, pasaje de Mathieu.
En Provincias, Etranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.